



El Humanismo, clave de la integración latinoamericana.

*Reflexiones sobre la globalización
desde la identidad de las naciones en desarrollo*

Graciela Maturo

1.- Identidad y globalización

Parece importante y necesario preguntarse cuál es el lugar de las *identidades nacionales* en este momento complejo de la historia, en que parecen abolidas las fronteras de las naciones mientras un poder económico transnacional cuestiona abiertamente la soberanía de los pueblos. ¿Estamos frente al universalismo, meta anhelada por los pueblos históricos y justificación de un camino de esfuerzos y luchas? ¿O se trata, en cambio de un nuevo intento parcial de dominación que viene a acentuar el desequilibrio del mundo y la inestabilidad interna de las naciones llamadas periféricas?

Francis Fukuyama enunció en 1989 una frase que ha sido muy repetida en los medios intelectuales: *la Historia ha terminado*. Más allá de su evidente parcialidad, que no hace justicia a la tenacidad humana sobre la tierra, no cabe duda de que expresaba una verdad: existe una conciencia generalizada sobre un cambio de tiempos. La Iglesia ha celebrado su Jubileo, hecho de honda significación espiritual y temporal, y filosóficamente estamos en el límite del proyecto moderno asentado en el afán de conocimiento, poder y dominio de la naturaleza, que generó el sometimiento de buena parte del mundo al imperialismo europeo. Ese tramo, ciertamente admirable, ha culminado en la "utopía" tecnológica, que desplazó en los últimos tiempos a la utopía social a la que muchos han dado por concluida. La Modernidad, hoy criticada y a la vez profundizada en grado sumo, generó perspectivas optimistas y críticas profundas, en cada uno de los momentos importantes de su avance: el surgimiento de las ciencias empírico-naturales, el comienzo del maquinismo, la revolución industrial, la cibernética.

Para nosotros, ciudadanos de un país periférico al poder central transnacional, la nueva atmósfera mental que afecta la cotidianidad del vivir empezó a hacerse coetánea y actuante a partir de 1990, por poner un hito reconocible. Por entonces se produjo en los países latinoamericanos y especialmente en el Cono Sur, un apreciable cambio de sus estructuras económicas; la Argentina, en dificultoso y deficiente proceso de industrialización, se transformó en un país importador, transnacionalizó su economía, y pasó a ocupar un lugar dentro del nuevo modelo de organización de la economía mundial.

Se produjo en la última década del siglo una creciente integración de los países en vías de desarrollo a la economía global. Ejemplo: China, 1250 millones de habitantes, India: 900 millones, Indonesia: 190 millones. (Según informe de Jorge Castro, 1998). El observador citado, que ofrecía

hace algunos años una visión optimista de la transnacionalización económica, señalaba que el mundo en desarrollo podía llegar a ser la nueva locomotora de la economía mundial. Se unificaron las condiciones de producción; emergió el sistema integrado transnacional de la producción; la liberación del mercado de capitales y la rápida difusión de las innovaciones tecnológicas permitiría a los países en vías de desarrollo, producir y vender productos sofisticados. Esto implicó para algunos analistas la posibilidad de una reducción, y quizás la desaparición, de la ventaja técnica de los países avanzados.

En caso de haberse cumplido esa progresiva reversión de los ejes mundiales de la economía se habría producido una sorprendente y deseable nivelación de países ricos y pobres. Por supuesto no ha sido así. Por el contrario la brecha entre los países del hiperdesarrollo y los países económicamente subdesarrollados es creciente y generadora, en estos últimos, de graves problemas sociales.

El panorama mundial asentado en estadísticas de crecimiento económico acelerado, produjo al comienzo cierta euforia en las clases dirigentes, acallando las incertidumbres, posponiendo las necesidades reales y creando cierto "idealismo numérico", que no se tradujo necesariamente en felicidad. Imágenes inoportunas, no sólo traídas por los medios de comunicación que han achicado el mundo sino por nuestra propia experiencia, nos acercan otra realidad connatural a la globalización: desnutrición y baja expectativa de vida para naciones y continentes enteros como por ejemplo Africa; enfermedades crónicas y agudas que reaparecen: enfermedades sociales como SIDA, depresión, cáncer y stress; concentración de la miseria en *ghettos* que se convierten en focos de delincuencia y por lo tanto deben ser reprimidos por la fuerza: desocupación creciente; discriminación, violencia, individualismo despiadado; alienación de algunos sectores por su alto nivel de vida y búsqueda de seguridad; alineación de otros por la miseria., la falta de horizontes o la pérdida de la dignidad.

Unido a esta creciente pauperización e iniquidad social, el marco predominante en la vida cotidiana está signado por la expansión de una cultura masificante que conlleva una inevitable pérdida de los símbolos comunitarios y una inversión de valores, figuras, emblemas.

Al parecer ya pasó la etapa de los movimientos nacionales que aglutinaron a esas masas campesinas y obreras; murieron los líderes populares, e incluso tiende a desaparecer como clase la clase trabajadora, aglutinada dentro de nuestra imperfecta industrialización. Es más, la revolución post-industrial tiende a hacer desaparecer el trabajo mismo, sustituyéndolo por el subsidio en el mejor de los casos, y en otros por la miseria. No perdamos de vista que en casos de subsidio, no alcanzados aún en nuestra sociedad, se genera igualmente el agudo problema del ocio- lejano ya del *otium* humanista propicio a la filología- con su secuela de desequilibrio físico y moral.

Tal la somera descripción de una situación social y cultural que en el medio latinoamericano no cuenta al parecer con dirigentes políticos de suficiente formación o lucidez a la altura de nuestros problemas. Los hombres y mujeres de pensamiento, quedan al margen de la poderosa estructura comunicacional montada al servicio de la trivialización cuando no de la perversión cultural.

2.- La Modernidad, proyecto fáustico.

Estimo que el proceso de la Modernidad, hoy enjuiciado por europeos y americanos, no debería ser apreciado superficialmente, ni sólo como desvío y caída. Sin duda este proceso de cinco siglos abarca grandes descubrimientos y avances para la humanidad, acompañados de experiencias de dominación, desigualdad, retroceso y barbarie

La profunda transformación que produjo en el conocimiento, la naturaleza y la vida humana no es comparable a las de períodos anteriores de la historia humana. Su valoración del conocimiento al que se dio en llamar con exclusividad científico, condujo a la autonomía de la razón y el progresivo desarrollo de la técnica, que alcanzaron máximo desarrollo en la etapa actual.

Sin embargo, el espíritu moderno surge mucho antes. Hay quienes lo hacen coincidir con el nominalismo del siglo XIV, otros lo remontan al siglo V de nuestra era, pero asimismo podemos retrotraerlo al tiempo de la sofística y al propio Sócrates, valorizador de la razón humana como partera de la verdad. El progresivo alejamiento de la fuente mítica -que los mitos sabiamente prefiguran- permite al hombre la indagación del mundo, el dominio de la naturaleza, la construcción de aparatos y

simulacros, la transformación de la vida natural en vida artificial, la prolongación de la vida, la conquista de medios sofisticados de comunicación y producción.

También es legítimo reflexionar sobre el alto precio de tales transformaciones, cual es el paso de una parte de la sociedad a una vida hedonista desentendida de valores, y la necesaria esclavización de otros hombres que quedan sumergidos en la indigencia. Sin duda, la realización de la utopía científica no ha traído la felicidad al género humano.

El hombre humanista, ya sea en Grecia, Roma o la Italia del Renacimiento, o en la España de los siglos XIV al XVII, es un hombre integral, ávido de conocimiento pero al mismo tiempo empeñado en su realización personal y el bien común. Es el hombre que admite el goce de la tierra, sin olvidar su destino en el trasmundo. Tal modelo humano, siempre cuestionado por minorías dirigenciales o grupos de poder, empieza a desvirtuarse masivamente cuando se incentiva la creación de las ciudades, crece el interés científico-técnico y se produce la generación de una economía acumulativa que origina el capitalismo. Esta evolución trajo consigo la expansión mundial de Europa y su civilización.

Pero la propia tradición occidental ha engendrado, desde el comienzo de la Modernidad, su enjuiciamiento. La Conquista española fue el detonante de la mala conciencia europea que conduce a sus hombres más pensantes a modificar el derecho de gentes y la concepción misma de la sociedad. El Inca Garcilaso, precursor de Rousseau y Montesquieu, siembra en las letras y la filosofía el germen del pensamiento romántico, que entraña el respeto por el dominado aunque no alcanza a modificar el rumbo expansivo de la Europa moderna. El Occidente miró hacia las comunidades primitivas a través de aquel importante movimiento de la filosofía y el arte que se dio en llamar Romanticismo. La crítica de Occidente, movilizada por el contacto de los europeos con hombres incontaminados por la civilización, ab-orígenes, próximos al origen, promueve la *utopía*, palabra que usó metafóricamente Thomas More para referirse precisamente a la experiencia americana. Se trataba en verdad de una *eutopía*, pues América fue intuita como el buen lugar, el mundo en que la historia podría rectificar su curso. Esa idea o arquetipo sigue vertebrando la cultura americana, latinoamericana, aún en tiempos dramáticos como los actuales.

La perspectiva adquirida permite visualizar el anverso del optimismo alentado en los comienzos de la revolución científica: sucesivas crisis mundiales, los estragos de dos guerras, los etnocidios, los estallidos atómicos, la creciente iniquidad social, la mortandad, la enfermedad y la miseria en vastas regiones de la tierra.

El filósofo alemán Federico Nietzsche, padre de la post-modernidad, llevó a fondo la crítica de la razón científica en el final del siglo XIX. En su seguimiento, Oswald Spengler (1880-1936) expuso el tema en su célebre obra *La decadencia de Occidente*, cuya publicación se inició en 1919.

Consideraba a la civilización europea del siglo XX como la última fase de un proceso cultural en decadencia; había terminado la historia como progreso rectilíneo y su vectorialidad sería reemplazada por procesos singulares que recordarían los cursos y recursos enunciados por Giambattista Vico en el siglo XVIII.

La idea de una vuelta al origen, en la vida individual y en la historia de los pueblos, subyace al pensamiento de Martín Heidegger, quien enunció en 1929 el concepto de la *Kehre*, traducido como vuelta o retorno, concepción que ha sido fecunda en las artes y el pensamiento latinoamericano, liberada de los extremismos ideológicos, de dramáticas consecuencias, a los que ha sido relacionada.

Pero la historia occidental había de producir aún una última "revolución", de carácter implosivo, que arranca de los años 60. La invención del *microchip* abrió la era cibernética, puso en marcha la robotización e inauguró la revolución de las comunicaciones, generando como consecuencia la destrucción del estado socialista y la expansión del capitalismo a buena parte de la tierra, dentro del llamado "nuevo orden mundial". Esta revolución tecno-económica, que parecería querer realizar la utopía universalista a través de la ciencia, no logró sin embargo establecer la "aldea encablada" como lugar confortable y seguro para todos los hombres. No sólo no alcanzó a extender sus beneficios a la totalidad del planeta, sino que en las zonas abarcadas se mostró lejos de haber logrado un estado de equidad, armonía y felicidad para el conjunto.

3.- *Transmodernidad de América Latina.*

Dentro de esta rápida revisión de períodos históricos, podemos preguntarnos ¿Ha sido América Latina plenamente moderna? Participa hoy realmente de la post-modernidad euroatlántica, generada por la cibernética y la revolución de las comunicaciones? Parece evidente que grandes masas de población permanecen ajenas a este clima, y en cuanto a los intelectuales, participan de él y lo cuestionan.

La Modernidad ha sido expansiva. Es imposible despegarla de un proyecto de dominación que se entrecruza con el ímpetu civilizador y evangelizador. La expansión de Europa hacia el Asia y el África no fue duradera y fundante como lo ha sido en América.

El llamado Mundo Nuevo se ofrece como el continente destinado por excelencia a la expansión europea, a través de dos orientaciones bien diferenciadas. Por un lado la expansión sajona hacia el Norte del continente, con un sentido de implantación de la nueva cultura y extinción de la población primigenia. Por otro la colonización de pueblos latinos en el Centro, Norte y Sur de América, con una cuota importante de mestización y una acción evangelizadora que acompaña la parcial y progresiva modernización de los pueblos. Como americanos, somos un conjunto de pueblos que provienen de un dramático mestizaje.

Nuestra historia como tal es reciente, pues las razas autóctonas, de estimable cultura, vivieron al margen del proyecto histórico europeo, sin conocer el lugar que ocupaban en el mundo. Lo aprendieron de sus conquistadores a un tiempo codiciosos de poder y riquezas, y transmisores de una cultura avanzada y refinada que, en los finales del siglo XV, alentaba un proceso de expansión. Mientras iniciaba su más ambicioso proyecto, la modernidad científica, recobraba a través de su compleja evolución las raíces del humanismo filosófico que hizo posible en América la mestización, por imperfecta que ella fuera.

Necesariamente nos valemos de las mediciones históricas del Occidente al hablar de cinco siglos de historia americana, de mestización étnica y cultural casi totalmente cumplida en los primeros tres siglos, y luego de sucesivas etapas modernizadoras. Esas oleadas de modernización se tradujeron en liberalismo económico, generador del traslado de nuestra dependencia de España a la dependencia económica del Imperio Británico; o en imitación de las instituciones del emprendedor país del Norte y de las democracias europeas en la organización de nuestras naciones, o en sucesivas oleadas de adopción de instrumentos científicos y técnicos, de una parcial industrialización, o de una incorporación al mundo post-industrial. Cada una de estas etapas ha profundizado la división social y cultural entre clases dirigentes que se embarcan decididamente en el progresismo técnico y usufructúan sus beneficios, y grandes masas de población aborígen, mestiza, criolla, con pautas de cultura popular que ostentan la marca del cristianismo como amalgama unificante.

La tierra americana donde perduró la civilización hispánica fue el escenario de un desarrollo no científico ni técnico del humanismo. Fue un continente anacrónico que asimiló sucesivas oleadas de modernización.

Correspondió a la América del Norte la supresión de la raíz autóctona y la implantación del impulso transformador técnico, en tanto que a la América Latina parece haberle correspondido la reserva del pensamiento humanista, transmitido por España en el gesto que el poeta bilbaíno Juan Larrea llamó "*rendición de Espíritu*", aunque es necesario recordar que no se trata de transmisión lisa y llana de una cultura humanista, sino de un nuevo ciclo amalgamante de otras culturas.

Suelo utilizar la expresión *transmodernidad* para aludir a la peculiar relación de América Latina con los productos de la modernidad europea.

Obsérvese que no aliento una visión indigenista ni meramente folklórica del subcontinente, sino que –fundándome en la realidad del *mestizaje*, que definiendo juntamente con el colombiano Otto Morales Benítez y su magnífica obra de pensamiento- hablo de una relación pasivo-activa, que reelabora continuamente las etapas de la Modernidad y les confiere su sello propio. La literatura, antena sensible de los cambios históricos, da cuenta de esa identidad en crecimiento, que ha recibido los nombres de Barroco de Indias, criollismo, regionalismo, telurismo, etc, con diversos matices.

Para hablar de esa Transmodernidad, tengamos presentes los momentos de modernización parcial de América Latina, que reduzco esquemáticamente a los siguientes: 1- El primero es ejercido por españoles y portugueses sobre el pueblo aborigen, con una innegable cuota de exterminio y depredación, que se continúa en un período de relativa armonización étnico-cultural, abarca los años 1492 a 1775. En casi tres siglos se conforma la base étnica del continente que es la población hispanoindígena y sus descendientes. Aunque criollo es rigurosamente el hijo del extranjero nacido en esta tierra, solemos designar como criollos a los descendientes de ese tronco mestizo.

2- El segundo momento introduce, desde la propia España, la modernización económico-política del liberalismo, y propicia la emancipación de las colonias hispánicas con el apoyo de otras potencias europeas: Francia e Inglaterra, que se convertirán en nuevos modelos para las clases políticas, tutoras del desarrollo económico agrícola-ganadero de los pueblos hispanoamericanos. Podría fijarse este período entre los años 1775 y 1850.

3- El tercer momento es el de la organización de las naciones, con una modernización que proviene de modelos europeos así como de la joven nación estadounidense.

Abarca luchas internas que enfrentan al pueblo criollo y mestizo, sustentador de una rica y compleja tradición, con clases dirigentes convencidas de la necesidad de incorporar las naciones americanas al ritmo y estilo de las naciones occidentales. Este período que se abre después de 1850 se extiende hasta la segunda guerra mundial, con una acentuación de la fractura interna y un cierto desarrollo lento y anacrónico generado por nuestro carácter de países agrícola-ganaderos.

4.- Un cuarto momento, el de la segunda posguerra, introduce en América una parcial modernización industrial y la generación de movimientos populares de socialización :1940 al 1960. Surgen los nacionalismos, los movimientos sociales, los variados intentos de autonomía política y económica en el continente.

5- La última y decisiva oleada de modernización sobreviene a partir de 1960 y se percibe plenamente a nivel de las costumbres en los años 80 y 90.

Se trata de la incorporación de la revolución tecnológica, con los cambios sociales políticos y económicos que trae aparejados.

Cada uno de estos cinco momentos ha ejercido una cierta violencia sobre el estado anterior de la cultura. El siglo XX fue el tiempo de las grandes transformaciones científico-técnicas. La radio, el telégrafo y el cine cambiaron la vida común de los hombres; el automóvil y la aviación ampliaron la perspectiva, haciendo que la velocidad, y el dinamismo llegaran a imponerse como nuevos parámetros de la vida. Pero los procesos de modernización, que abrieron perspectivas de desarrollo industrial y técnico, no unificaron en su momento a los pueblos .ni tampoco impidieron su pauperización y desequilibrio social. Como consecuencia, el siglo que prolongaba el imperativo de la ciencia, fue al mismo tiempo teatro de hondas transformaciones que reconocían móviles éticos: se producía la revolución de los humildes, los asalariados, las mujeres, los jóvenes, y también, en compleja movilización histórica, de las naciones coloniales. Las transformaciones sociales de la época llegaron en ciertos casos a la inversión y el desborde de las estructuras tradicionales.

4.-Hacia el desarrollo de una conciencia cultural americana.

La globalización que hoy se expande no es en modo alguno aquel universalismo soñado por los utopistas europeos, ya que se trata de la acentuación compulsiva de modalidades originadas en un sector de la humanidad, alejado de aquel humanismo que presidió su evolución. Si se me permite diría que esta cultura post-industrial, lejos de ser universalista, es provinciana y unilateral.

No se hace cargo de las culturas de la tierra, del aporte histórico de los pueblos, ni de su propia tradición en totalidad: impone un modelo de hombre *light*, descomprometido, olvidado de su destino trascendente y seducido por los objetos, tal como lo han visto eminentes pensadores, y lo ha señalado hace pocos años una obra póstuma del argentino Eduardo Azcuy, publicada en España.

Ante tal panorama contradictorio e inquietante cabe reflexionar sobre nuestro destino como pueblo, y antes que ello sobre nuestra propia condición humana. Estoy convencida de la virtualidad de la cultura como ámbito en que se reactivan permanentemente los núcleos éticos que dan sentido a la

vida, y comparto con Scheler el valor salvífico de la filosofía y el arte. Pero no es fácil ofrecer masivamente a un pueblo sumergido y desvitalizado los frutos de una actividad tan refinada.

Perón habló en 1972, cuando preparaba su vuelta con voluntad sacrificial y espíritu de entrega, de la necesidad de *reconstruir al hombre argentino*. Mucho más urgente es esa actitud en este tiempo desmemoriado y convulso.

La crítica de la razón y de la ciencia emprendida por la corriente post-moderna no parece suficiente ni bien orientada cuando se la visualiza desde la periferia tecno-económica. Los filósofos europeos de la llamada posmodernidad, han hecho el diagnóstico de la sociedad de fin de siglo. Describen el mundo de la fragmentación, la desconstrucción, el cruce de mensajes, la pérdida de los patrones identificadorios, la muerte de los grandes relatos orientadores -es decir, los mitos religiosos, históricos, morales, que han conducido a la humanidad. También se refieren a otros aspectos secundarios: el resurgimiento del arte, ligado a los medios técnicos, el pensamiento débil, el retorno a lo pequeño y cotidiano.

El final del siglo XX se presentó ante ellos como una etapa de grandes incertidumbres y ansiedades parcialmente cubiertas por el consumo, la satisfacción material, el hedonismo cuando no la droga. Cabe señalar que es ésta una perspectiva, además de insuficiente desde el punto de vista de una concepción ética, evidentemente centrada en la economía de los países centrales.

Jean Francois Lyotard (*La condición pos-moderna*, Cátedra, 1984) hizo una descripción sumamente sugerente de la sociedad post-industrial, mostrando vivamente la crisis del concepto de historia, y por consiguiente la quiebra de conceptos éticos que sostuvieron la civilización de los dos siglos últimos: el ideal de Libertad, proclamado por la Revolución Francesa, y el de Igualdad sostenido por la Revolución Marxista.

El fracaso de los ideales que validaron el saber y el hacer, habría impulsado a la sociedad posmoderna a nuevas maneras de validación: la performatividad o eficiencia, y el consenso de la comunidad científica, social, etc., en muchos casos creado artificialmente por los medios de comunicación masiva. Lyotard señalaba que el lenguaje ya no posee una verdad ni aspira a ella; el discurso de la verdad vino a ser sustituido por prácticas locales, así como el arte-verdad se habría visto reemplazado por el cultivo de formas gratas y las estrategias destinadas a obtener el consenso del gusto.

La posmodernidad, que como concepto filosófico surgió en los años 60 en Europa y los EEUU, es la atmósfera intelectual correspondiente a la era cibernética. Prevalecen en ella algunos elementos contrarios a la modernidad, como lo son la crítica de la racionalidad científica (crítica siempre riesgosa en sus extremos) y de la tecnificación de la vida; pero es ineludible reconocer que este tramo se instala en una hipermodernidad técnica..

Tal contradicción se hace evidente en los teóricos de la posmodernidad; mientras Jürgen Habermas caracterizó al posmodernismo como postura reaccionaria, los franceses Foucault y Derrida dieron por terminada la era del *logos* platónico y la vigencia del historicismo hegeliano, y Gianni Vattimo reconoció el surgimiento de un pensamiento débil en reemplazo de las viejas ideologías. En el campo del arte y la literatura, la postmodernidad euro-norteamericana mostraría la ruina del concepto de autor, de texto, de mensaje, de unidad, que prevalecieron en las obras tradicionales, y en cambio afirmarían conceptos como los de lector suficiente y omnipotente, superficies textuales, deconstruccionismo, fragmento. El escritor posmoderno sería Arlequín, versión risueña del negador. Esa descripción conviene sin duda parcialmente a ciertos ámbitos intelectuales, tanto en El Norte como en el Sur del hemisferio..

Tengo dudas de que esta atmósfera, ciegamente imitada por algunos de nuestros intelectuales, pueda corresponder plenamente a la cultura de América Latina. Ha surgido entre nosotros un nuevo estilo de vida, marcado por las comunicaciones y alto consumo para una franja de la población, y por la progresiva masificación del pueblo, vulnerable al mensaje de los medios. Pero podemos hacernos dos preguntas: 1) Llegará este nivel de vida al tercio de población todavía fluctuante, y más aún al otro tercio que parece condenado al infraconsumo? 2) La segunda es más inquietante. Si así fuera ¿es este consumo el punto culminante de la cultura humana?, ¿es éste el modelo cultural que nos representa?

El pensador argentino Mauricio Prelooker asegura la inminente caída del sistema capitalista, el derrumbe del capital, el consumo y el mercado como paradigmas de la sociedad. Han transcurrido más de cinco siglos del sistema económico liberal en el marco de una estructura bipolar de poder "estado-mercado". Subraya el autor las limitaciones de una cultura de la satisfacción que tiende a crear un hombre insensible, no pensante. Pero el hombre necesita, además de alimento, abrigo, un techo y una ocupación, amar y ser amado, soñar, pensar y crear, bienes que no son alcanzables dentro de una falsa seguridad económica. En la especulación del autor la revolución informática que empezó sirviendo al régimen capitalista, supera sus marcos, destruye la economía de mercado. Ello podría llevar a la paradójica situación de que los medios técnicos creados por la civilización fáustica terminen destruyendo a esa propia civilización. Pero dejemos de lado estas especulaciones, y vayamos a la conflictiva realidad que hoy ofrecen los países latinoamericanos.

Esa realidad es altamente dramática, tensionada por un sinnúmero de problemas de toda índole. Pero, debemos reconocerlo, todo no pasa por lo económico, aunque este aspecto sea gravitante. Quedan a cargo de nosotros, los escritores, los intelectuales, algunos resortes de la vida social, cultural, simbólica de nuestras comunidades.

Estimo que para sobrevivir en este tiempo conflictivo es preciso crear una *conciencia cultural americana*. Un reconocimiento de la cultura latinoamericana, en sus hechos, manifestaciones sociales, movimientos políticos, pensamiento, arte, ritos y celebraciones, nos impone admitir que somos la continuidad singular del humanismo que a su turno sincretizó la ética judía, la estética griega, la mística árabe y el mensaje cristiano con elementos culturales de pueblos autóctonos como los celtas, vascos, iberos, germanos, galos, nórdicos y eslavos.

Más allá de las intenciones imperiales de la Conquista, en América se generó una nueva mestización del español, heredero de compleja herencia, con los variados aborígenes que poblaban esta región, en parte extinguidos por las luchas y las enfermedades que trajo el europeo, aunque en gran medida sobrevivientes en lengua y cultura en toda América, y con el negro, oprobiosamente traído por traficantes que hicieron de él la mano de obra esclava.

Hemos combatido siempre tanto el indigenismo a ultranza, forma de idealismo rencoroso y negado a la realidad concreta, como la idea tenazmente defendida por muchos argentinos de que somos la caña blanca de América.

Y si lo somos en parte, a pesar nuestro, existe la posibilidad de una voluntad cultural, una "*opción por América*" que dé cuenta de la realidad mestiza del Noroeste y el Centro Argentino, de nuestro Chaco, Mesopotamia y Patagonia, poblados todavía por indígenas y mestizos. No es posible constatar en América Latina una identidad pura ni uniforme, pero se advierten ejes identificatorios que han homogeneizado parcialmente su población. Sobre 300 millones de habitantes quedan unos 25 millones de indios puros y un alto porcentaje de mestizos. Con toda evidencia, es sobre el eje de la mestización étnico-cultural donde es posible construir un perfil identitario válido.

La Argentina pertenece a un pequeño grupo de predominio europeo, pero no es tampoco la nación blanca o el arrabal europeo que piensan o sueñan algunos de nuestros compatriotas. Planteábamos en el 83, el destino americano de la Argentina. ¿Deberíamos diferenciarnos del resto acoplándonos al tren del hiperdesarrollo, o asumir un destino latinoamericano profundizando nuestras relaciones intrarregionales?

Los dos procesos han avanzado mucho desde entonces, tanto la globalización económica como la integración con las naciones iberoamericanas, cuyo logro más importante es la formación del Mercosur. Por nuestra parte hemos apostado no sólo a la creación de vínculos de intercambio industrial y comercial entre los países latinoamericanos, sino al fortalecimiento de la identidad como vínculo cultural entre ellos. Esa identidad profunda no es abarcada si no asumimos su eje amalgamante, el humanismo cristiano, con un sentido ecuménico que nos permita dar cuenta de la originalidad mestiza.

No podemos subestimar la cultura europea, ni el idioma que hablamos, ennoblecido por Cervantes como por el Inca Garcilaso. Tampoco podemos ignorar, como lo hacen ciertos grupos post-coloniales o regionales, que en un momento privilegiado de la humanidad, el que ubicamos en la

Grecia de cinco siglos antes de Cristo, nació por decirlo así el hombre moderno, y los hombres empezaron a pensar por sí mismos. Al utilizar la propia razón, desarrollaron un pensamiento crítico, una filosofía y luego una ciencia, un conocimiento de sí y del mundo, de los cuales formamos parte, no por nuestra sangre sino por nuestra lengua y formación cultural. Nació el humanismo que fue base de la cultura mediterránea, adaptado al signo cristiano y de vocación intercultural.

Su rasgo más típico era precisamente el dialogismo, la facultad dialogante, aplicada teóricamente al perfeccionamiento de la humanidad; su meta reinterpretada por distintos movimientos sociales y políticos, era la construcción de un ecumenismo al que deberían aportar todos los pueblos de la tierra.

Si el latinoamericano opta por refugiarse rencorosamente en su prehistoria indígena, podría constituir un nuevo Islam. Y llegar a sentir que los cambios del mundo le son ajenos. Tal actitud regresiva no es connatural al *ethos mestizo*, ni aun al comportamiento de las comunidades indígenas puras, más permeables que los ideólogos a la modernización. Si por el contrario apeláramos a nuestro carácter occidental plegándonos lisa y llanamente a la etapa final de una historia hoy cuestionada en su demasía por los europeos mismos, estimo que estaríamos traicionando nuestra propia naturaleza, historia y modo de vida.

Sólo un humanismo inclusivo de pueblos y etnias puede colocarnos por encima de la parcialidad indígena sin excluirla, y también al margen de la modalidad excluyente occidentalista. Y ese humanismo, lejos de ser una construcción ideal, se halla entañado en nuestra vida personal y comunitaria, virtualmente contenido en símbolos y expresiones culturales, impreso en nuestras leyes e instituciones.

En una palabra, sin cultivar peligrosas regresiones o posturas extremas, cabe profundizar en la *identidad americana* y extraer de ella el perfil de nuestra conducta, conscientes de que la civilización de los objetos no es el único bien de la humanidad, e incluso de los males que su exclusivización acarrea.

Nos hacemos cargo de la magnitud de la crisis actual, que afecta a estamentos, partidos e instituciones. Sólo la actividad política sana, reemprendida con vocación ascética y paciente espíritu de trabajo, puede realizar el milagro de reconstituir el tejido social sobre las bases de una revitalización de la cultura. Se hace preciso revertir la perspectiva economicista insuflada en distintos estratos sociales, que estimula en unos la desmedida ambición de bienes materiales mientras en otros planos sólo demuestra su indigencia e imposibilidad de desarrollo.

Pero ninguna transformación empieza fuera de nosotros. Es en el interior de cada uno donde comienza la irradiación de valores de vida, el ejemplo de un destino no crudamente competitivo sino simplemente humano. Es preciso ofrecer a la comunidad nuevos ejemplos personales y sociales, reactivar la memoria histórica, promover a grupos y personalidades valiosas en oposición a los tristes modelos del consumismo, en suma, asumir un incesante magisterio social.

Sólo una inteligente acción de grupos comprometidos y lúcidos puede llegar a recrear en el pueblo su conciencia cultural y su confianza en sí mismo, así como generar las posibilidades de continuidad de su propio proyecto histórico.

No podemos echar en olvido que el hombre es un ser situado, condicionado y limitado. Pertenece al orden cósmico, y su propia corporalidad se halla dirigida hacia el mundo que lo rodea. Es un ser-en, es decir un ser situado en un tiempoespacio, ligado a la tierra; pero también un ser-con, que vive en comunidad con otros semejantes, siendo su característica la de vivir en comunidad, y un ser-hacia, ya que lejos de hallarse definido desde su nacimiento, se despliega en una autorrealización mediada por la convivencia, el conocimiento y la acción. Ese hombre situado y proyectado que vive en el seno de su comunidad próxima pertenece a un entorno geocultural, como lo afirma Rodolfo Kusch, y forma parte de una historia determinada. En suma, no somos individuos abstractos y aislados sino miembros de una cultura que se desarrolla en el tiempo, y aún los mayores gestos de libertad individual se enmarcan en el seno de la cultura propia.

Recuperar la memoria histórica,.; saber quiénes somos. cuáles son los núcleos ético-míticos de nuestra cultura y adonde nos conducen; qué perfil de sociedad y consiguientemente de educación

buscamos. Todo ello es inherente a la reformulación de nuestra cultura para el siglo ya iniciado, y a la incrementación de una conciencia cultural.

Grandes filósofos y analistas del momento actual nos muestran las falencias del economicismo -además de su fragilidad. El hombre satisfecho no es sino transitoriamente el hombre feliz. Siempre quedan en él otras necesidades, inherentes a su propia constitución. Necesita el trabajo tanto como el ocio, y reclama un empleo creativo del ocio, no solo gastar sus energías en máquinas recreativas o en más consumo. El hombre se halla en crisis y deberá reconstruir un sentido de la persona, la pareja, la familia, la comunidad. Deberá, tardíamente, recobrar su relación con el universo que le sirve de suelo, y sobre todo recobrar su sentido religioso, su sentimiento de criatura falible, guiada y visitada. Su autovaloración como partícipe del cosmos. Su autoestima como miembro de un pueblo que tiene un destino que cumplir en la tierra y en el cielo.

En mi parecer es sólo la memoria y la continuidad de nuestra identidad mestiza indohispánica, indo-afro-americana, enriquecida por diversas cuotas inmigratorias pero desplegada desde un eje cultural humanista y ecumenista, la que nos permite avizorar caminos y límites en esta nueva etapa.

No está en nuestras manos en lo inmediato modificar la formidable maquinaria tecn-económica que domina el mundo, pero es legítimo pensar que la misma no es invulnerable. Nuestro camino es la prédica y la educación en todos los niveles, la reconstrucción del hombre, la generación de conciencias lúcidas, no puramente críticas sino creativas y autorrealizadoras.

Como lo vio Rodolfo Kusch, la actual civilización tiene mucho que aprender de las etnias postergadas, pero no al precio de desechar los bienes que aquella ha alcanzado, sino llevándolos hacia el nivel instrumental que deben ocupar, y devolviendo su lugar a una concepción humanista del hombre. Son los efectos no deseados de la tecnología, los resultados adversos de la globalización económica -que tan agudamente señalara Eduardo Azcuy en sus últimos trabajos- los que reclaman nuestra atención. Resulta indispensable reconstruir el *ethos* americano y conformar una cultura de síntesis, que sin rechazar las innovaciones técnicas en cuanto tienen de posibilidad humanizante, ponga el acento en el sentido ético, la capacidad de convivencia y el destino espiritual de la humanidad. Cabe igualmente, en nuestro concepto, desterrar la idea de que sólo Europa construye y proyecta una civilización. Entiendo que el desarrollo de una conciencia cultural americana ha de partir de una revalorización de las culturas tanto aborígenas como occidentales que nos constituyen, eludiendo así los idealismos indigenista e hispanista. Sólo la valoración y continuidad de nuestra propia índole mestiza y americana puede permitirnos transitar dignamente el presente y generar semillas de futuro en el inicio del Milenio, que puede ser el final y también el recomienzo de la Historia. .